UN TEXTO DE NUESTRA CORRIENTE

TARTUFO O DEL PACIFISMO

(Publicado en "Battaglia Comunista", Nº6, 14-28 de marzo de 1951)

AYER

Los zarpazos contra el genérico pacifismo burgués y los movimientos para evitar la guerra recorren incesantemente los escritos de Marx y Engels.

En 1864, Marx se vió obligado a meter en los estatutos y en el llamamiento inaugural de la Internacional, que corrian el grave peligro de ser redactados por Mazzini, las palabras de moral, civilización y derecho además de la frase de que las mismas normas jurídicas y éticas que regulan las relaciones entre individuos debian ser aplicadas a las relaciones entre los pueblos. No era la primera ni la última vez que los marxistas se veian obligados en la acción política al manejo de términos y proposiciones teóricamente incorrectas. Marx lo explica en su epistolario y dice que metió aquellas palabras vacias donde menos pudieran perjudicar. Asombrarse de esto, tomándolo como un doble juego significa precisamente creer que de verdad puedan valer de algo las reglas éticas a la hora de corregir las relaciones entre los hombres tanto en su conjunto como a nivel individual...

La primera articulación del marxismo es suficiente para colocar entre los trastos viejos el principio de la "no violencia" atribuida hace milenios a Cristo, a pesar de que este había dicho: ¡no he venido a traer la paz, sino la guerra! (y en su cuadro histórico era una guerra contra los opresores sociales); y en la época moderna representado por Tolstoy y por Gandhy, cuyas doctrinas, sin embargo, confiesan la certeza del sangriento choque.

Los pacifismos abstractos entre individuos, entre clases o entre estados son equivalentes para el marxista que pone en su lugar el análisis histórico de la "teoría de la fuerza".

En la polémica contra Bakunin en 1871, Marx recuerda los orígenes de su organización anarquista, que con una confusión de términos similar a la de hoy, se llamaba: "Alianza de la Democracia Socialista", orígenes que procedían del seno del despreciable movimiento pacifista burgués.

La Alianza "es de origen absolutamente burgués. Esta no ha nacido de la Internacional sino que es el vástago de la Liga por la Paz y la Libertad, sociedad nacida muerta de los republicanos burgueses".

Bakunin, que había entrado en esa sociedad, propuso en ella un "frente único" con la Internacional de los trabajadores, pero ésta rechazó la propuesta en el congreso de Bruxelas. Sólo esto determinó la ruptura entre los bakuninistas y la Liga burguesa a la que siguió después la ruptura de los primeros con los marxistas.

No puede tenerse una opinión distinta sobre el actual movimiento de los "Partisanos de la Paz" a los que van a adherirse burguesuchos y filisteos.

Tanto es el horror marxista por el pacifismo literario y demogógico, que ha sido explotado muchas veces con hábiles falsificaciones por el guerrismo social patriótico. En todas las ediciones del Anti-Dühring, hasta 1894, Engels no ha encontrado nada que modificar a su confutación de la "no violencia" escrita en 1878, es decir, en el periodo que sigue a la Comune. No sólo reprocha a Dühring el no tener ni una palabra que recuerde el concepto marxista sobre la violencia como partera de toda sociedad nueva y el gemir porque "todo uso de violencia envilece a quien la usa", sino que también le grita: "¡Y esto frente al elevado avance moral e intelectual que ha sido el resultado de toda revolución victoriosa!". Y muestra que no pensaba sólo en las revoluciones sino también en las guerras mismas, con las palabras asonantes a la posición que ilustramos a fondo, palabras que reportaremos textualmente: "¡Y esto en Alemania, donde una violenta colisión, que incluso podría ser impuesta al pueblo, tendría al menos la ventaja de extirpar el espíritu servil que ha penetrado la conciencia nacional como consecuencia del envilecimiento que siguió a la guerra de los treinta años!".

Los señores oportunistas son insuperables en el arte de falsificar; sin embargo preferimos que nos cocinen un Engels belicista antes que infantilizarlo a "partisano de la paz". Nos escandalizaría menos verlo con el águila y la esvástica que con la archiexplotada "paloma" y la ramita de olivo.

Marx es más oscuro en su expresión, Engels es mucho más comprensible, aún mejor que ningún vino, por ligero que sea, puede ser bebido como agua fresca. En Lenin encontraremos la claridad cristalina y la sistematización de todo el problema. No quita esto que incluso de él pretendan valerse los falsos predicadores, los frailes del politicantismo farisaico.

Lenin no puede introducir la explicación marxista de las relaciones entre socialismo y guerra, sin liberarse desde el principio del equívoco pacifista, y de este problema tratan sus clásicas tesis de 1915 que cubrían de infamia irreparable a los socialistas belicistas de todos los países.

"Los socialistas han condenado siempre las guerras entre los pueblos como algo bárbaro y bestial. Pero nuestra actitud frente a la guerra es fundamentalmente distinta de la de los pacifistas burgueses y de la de los anarquistas".

La guerra es algo bárbaro y bestial, si bien las bestias y los bárbaros no han ofrecido nunca espectáculos comparables a los de la acción militar de nuestra época capitalista. En la mayor parte de los casos, los animales, como no sea que estén hambrientos o que se les moleste, son inofensivos y los mismo podría decirse de los hombres primitivos. Era necesario que viniese la moderna y cristina civilización para leer en la complacida prensa filo americana que en Corea funciona de maravilla la "picadora de carne", o sea la pulverización científica de las formaciones combatientes adversarias. Las bestias y los bárbaros deberán excusarnos a Lenin y a nosotros. Artilleros y aviadores capitalistas trituran carne, a diferencia de aquellos, después de haberse saciado de comer. Derraman sangre después de haber saciado su sed con whisky. Ni el lince, ni el caníbal los comprenderían.

La diferencia entre marxistas y pacifistas no es la misma cuando nos referimos a anarquistas que cuando lo hacemos a los pacifistas burgueses. Los anarquistas admiten al igual que nosotros "plenamente

la legitimidad, el carácter progresista y la necesidad de guerras civiles, es decir, de las guerras de la clase oprimida contra la opresora, de los esclavos contra los amos, de los siervos de la gleba contra los propietarios de la tierra, de los trabajadores asalariados contra los capitalistas".

Sin embargo, tanto los anarquistas como los pacifistas burgueses se distinguen de nosotros a propósito de la guerra, en cuanto que nosotros "desde el punto de vista del materialismo dialéctico de Marx reconocemos la necesidad del examen histórico de cada guerra en sus caracteres específicos". Cuando Lenin habla aquí de toda guerra, no sólo se refiere a la guerra social entre las clases, sino también a toda guerra nacional, y aceptadas por el marxismo, que se pone de parte de la clase dominada y explotada y evidentemente tampoco los anarquistas frente a tales guerras seguirían las consignas de paz, conciliación y desarme, lanzadas por la burguesía y los traidores socialdemócratas. Pero cuando se pasa a la guerra entre los estados la cosa cambia. Mientras el burgués nacionalista y militarista tendrá la audacia de justificar la guerra como medio de difusión de su sistema social y como medio de conquista de espacios vitales para un país que tenga poco espacio para los excesivos hombres y excesivos capitales o llegará incluso a la exaltación de la guerra como "higiene del mundo"; el burgués tartufeante, el pequeño burgués puritano, condenará cualquier guerra en nombre de los ideales de la "paz universal" y del "desarme", propugnará la solución arbitral de las cuestiones internacionales que surjan entre los estados, es decir, que querrá construir sobre el plano político con el sistema parlamentario: naciones iguales en el mundo, ciudadanos iguales en la nación. Con este genial sistema, está claro que se abolirán todas las guerras como se abolen, desde que existe el presidente del tribunal supremo, todas las peleas y todos los abusos... Tal porquería contra la que Lenin ha escrito de arriba a abajo las más potentes páginas, se ha convertido en "la teoría leninista-estalinista de la igualdad de las naciones".

El anarquista a su vez, que ha defendido con nosotros la guerra civil, abolirá en cualquier época y bajo cualquier cielo la guerra entre los estados y la considerará sin discriminación como de efecto deletéreo por el sólo hecho de que toda operación militar comporta autoridad total y subordinación de hombre a hombre y su visión de la emancipación tambien sobre el plano social le lleva a ver al liberado individualmente en su ideología y en "conciencia" antes que la máquina opresiva y explotadora sea rota completamente en torno suyo. El descifrarse del devenir histórico se reduce tambien para el anarquista, a estar por o a estar contra. El está por la paz y contra la guerra ¡y ya está todo hecho.

A diferencia de estas posiciones incompletas, el marxista -como mostramos al tratar de las guerras nacionales en los distintos periodos- admite que "en la historia se han dado a menudo guerras (recordemos que Lenin dice guerras entre estados) que, a pesar de todos los horrores, las brutalidades, las miserias y tormentos inevitablemente unidos a toda guerra, han sido progresivos; es decir que han sido útiles a la evolución de la humanidad contribuyendo a destruir instituciones particularmente nocivas y reaccionarias, por ejemplo, la autocracia o la servidumbre de la gleba y a los más bárbaros despotismos (el turco y el ruso).

Lenin está en el umbral del examen marxista de la guerra de 1914 que condujo a establecer que esta no era desde ninguno de los lados una "guerra de progreso" sino un puro conflicto entre explotadores imperialistas de tal forma que el deber de todos los socialistas era el de luchar contra todos los gobiernos en todos los países, y en época de guerra Lenin establece que este deber no surgía de una posición abstracta de condena de toda guerra como es común a los ideólogos conservadores y libertarios.

Pero aún hay más. No sólo nos diferenciamos nosotros de los pacifistas burgueses porque estos niegan el empleo de armas en la lucha entre las clases sociales y por su incapacidad en la apreciación histórica de las guerras, sino por otro punto sobre el que Lenin piensa que también los anarquistas estén con nosotros de la misma manera que lo estaban sobre el de la guerra civil.

Nos separa de los pacifistas burgueses nuestro concepto de la "inevitable ligazón de las guerras con la lucha de las clases en el interior de cada paiz" y la convicción de la imposibilidad de acabar con las guerras sin la abolición de la sociedad de clases y sin la victoria de la revolución socialista".

Este pasaje, que por motivos de propedéutica hemos citado el último, es el primero de la tesis sobre el pacifismo y es el más importante.

Esto destruye toda posible hospitalidad en el marxismo para movimientos que tengan como fin la supresión de la guerra, el desarme, el arbitraje o la igualdad jurídica entre las naciones. (Liga de Wilson, ONU de Truman).

La posición de Lenin no dice a los poderes capitalistas: yo os impediré hacer la guerra, yo os golpearé si la haceis; sino que les dice por el contrario: se perfectamente que mientras no seais derrocados por el proletariado, vosotros -lo querais o no- sereis arrastrados a la guerra y de esta situación de guerra yo me aprovecharé para intensificar la lucha y abatiros. Sólo cuando tal lucha sea victoriosa en todos los estados, la época de las guerras podrá acabar.

Se trata de una posición general. El marxista no puede ser pacifista o "antibelicista" porque esto significaría admitir que pueda abolirse la guerra antes de la abolición del capitalismo. No basta con decir que eso es un error teórico. Eso es una traición política, ya que una ilusión similar no facilita la canalización de las masas en una lucha más amplia, sino que facilita el sometimiento, no sólo al capital sino también a la guerra misma. Las masas proletarias guiadas por malos marxistas que se habían definido siempre pacifistas, han tenido que hacer la guerra contra los alemanes porque sus dirigentes decían que solamente aquellos amenazaban la paz de la misma manera que la han tenido que hacer contra los rusos por iguales motivos; han marchado dos veces y posiblemente marcharán una tercera a combatir en una guerra "que deberá poner fin a las guerras".

Se trata, decimos, de una posición general. El marxista no es pacifista por las mismas razones que no hacen de él, por ejemplo, un anticlerical: él no ve la posibilidad de una sociedad de propiedad privada sin religión y sin iglesias, sino que ve el final de iglesias y creencias religiosas por efecto de la abolición revolucionaria de la propiedad.

El ordenamiento de la esclavitud asalariada tendrá una vida más larga cuanto más hagan creer sus cómplices que sin subvertir las bases económicas de este orden sea posible inmunizarlo de supersticiones religiosas o eliminar la eventualidad de guerras y suprimirle los otros caracteres retrógrados o brutales.

En el periodo en que era evidente que habían terminado las guerras de sistematización nacional, la burguesía se tuteló ampliamente de la radical acción proletaria de clase con los movimientos de "partisanos librepensadores" que cacarearon a finales de siglo. Sucesivamente, en el periodo de las guerras imperialistas, se tuteló con movimientos híbridos como los "partisanos de la defensa nacional" y hoy con los "partisanos de la paz".

Sustituir, de cara al acercamiento de nuevas guerras, el criterio dialéctico de Marx y Lenin -tanto en la doctrina como en la acción política- por la explotación de la ingenuidad de las masas cuando de la santidad de la paz o de la defensa se trata, no es más que trabajar para el oportunismo y la traición contra los que Lenin se dedicó a construir la nueva Internacional revolucionaria "super hanc petram", sobre esta piedra: capitalismo y paz son incompatibles.

Dediquemos a los pacifistas de hoy una lapidaria tesis del Tercer Congreso (sobre la situación internacional y las tareas de la IIIª Internacional Comunista): "El pacifismo humanitario antirrevolucionario es en el fondo un auxiliar del militarismo".

HOY

Stalin, en su reciente entrevista, ha hecho un gran empleo de conceptos políticos tales como: paz, guerra de defensa y guerra justa.

Cuando las dos partes se dicen mutuamente: vuestras afirmaciones son de naturaleza puramente propagandística y cuando estas afirmaciones son formalmente las mismas, la discusión es un callejón sin salida. Attlee ha acusado al gobierno ruso de haber iniciado preparativos de guerra en un periodo en el que sus aliados de occidente, un vez vencidos Alemania y Japón, habían desmovilizado completamente, y de ello quiere sacar la prueba de que Rusia intenta provocar una guerra. Stalin responde que el gobierno ruso desmovilizó a su vez, después de 1945, y que el hecho de que Attlee mienta sobre ese punto prueba que son los occidentales los que engañan a sus pueblos para arrastrarlos a "una nueva guerra mundial preparada por los círculos dirigentes de los Estados Unidos de América".

Los términos son categóricos y graves, dado que no habla un pintamonas cualquiera. Nadie podría demostrar esto en un observatorio desde el que se pueda medir quien se está armando más y antes, si Rusia y sus países anejos o América y los agregados atlánticos. Pero un resultado tal no cambiará la cuestión. Desde el momento que un gobierno cualquiera, del tipo que sea, con razón o sin ella, considera un conflicto como muy probable si no cierto, él bien puede conducir una política con el doble objetivo de evitar o aplazar el estallido de las hostilidades y de llegar a ellas más preparado. La intensidad y el tiempo de las medidas de preparación militar, antes que en razón de la "voluntad agresiva" que no significa nada, están en razón de la capacidad productiva y de los intereses que en ésta suscita la preparación de guerra. Quien tiene un menor aparato productivo industrial y de comunicaciones, y una menor reserva de productos, necesita mayor "tiempo de preparación" e incluso siendo un convencido "defensista" o un "pacifista" a toda prueba empieza antes a prepararse si es que no es tonto. Supongamos que está probado que Rusia haya desmovilizado más lentamente sus tropas y reanudado antes la preparación militar; con esto no se demostraría la inocencia de esos "círculos" americanos a los que Stalin somete a una acusación formal, abriendo un proceso que para nosotros hace muchos años que fue juzgado.

El jefe del gobierno soviético ha querido dar argumentos no propagandísticos, sino "científicos"; sus adversarios no han prestado demasiada atención a tal desafío. Rusia, afirma Stalin, no sólo destina cientos de miles de millones a la reconstrucción de los territorios destruidos por los alemanes y decenas de miles de millones a obras colosales como las nuevas centrales hidroeléctricas sobre el Volga y el Amu Daria, sino que practica la reducción de los precios internos de consumo que, si es efectiva, significa por un lado un mejor tenor de vida y por otro, menor acumulación para nuevas obras y menor gasto en la máquina administrativa. Si al mismo tiempo exaltase los gastos para la industria bélica y el ejército: "tendría que correr el riesgo de una bancarrota". El argumento es de peso pero conlleva el interrogante: ¿Qué significa la bancarrota en una economía socialista? No podría significar más que la caída de los trabajadores en la extenuación debido al poco alimento y a demasiado esfuerzo. Pero bancarrota quiere decir incapacidad del estado para saldar sus deudas y sólo tiene sentido en régimen de capitalismo nacional: la propiedad pública cae, en ese caso, presa de capitalistas privados extranjeros e incluso del propio país. En las palabras dichas por Stalin no debe creerse que se contenga una perspectiva de compromiso (una oferta significaría menos, la oferta, como la intención, la voluntad o la maniobra pesan poco en la visión del marxismo). El imperialismo occidental, que para dañar menos su aparato, dar mejor tenor medio de vida, mayores reservas, control de las fuentes de materias primas y de las redes de comunicación mundiales, (sin tener demasiado en cuenta la mejor aplicación de la técnica y la ciencia, puede acumular e invertir más, podría abrir un crédito internacional al gobierno ruso con el mismo empeño que debería destinar a la guerra.

Quien considera la hipótesis de la bancarrota, se considera expuesto a las oscilaciones de un mercado, de una bolsa común con su contrincante, con su concurrente.

Cuando desde la ciencia económica se recae en la agitación, que según nosotros no es ya agitación revolucionaria y de clase, sino agitación de competición nacional, e incluso en este campo es de escaso fruto, es entonces cuando se asegura la victoria a las tropas que sentirán batirse por la causa justa. Una cosa es decir que para el marxismo existen guerras justificadas y otra cosa es hacerse eco del motivo burgués: "la causa justa vence siempre". El ejemplo de la lucha en Corea no cuadra, hoy que los rusos retroceden, ¿consideran esa guerra injusta los soldados americanos? Stalin, para su fortuna, no ha tenido nunca entre los pies a los soldados americanos, animales extrafilosóficos por excelencia. ¿Qué nos diría entonces de los soldados alemanes que han combatido hasta el final en condiciones de inferioridad aplastantes,

con un rendimiento militar máximo en el mundo? Las guerras de hoy no se vencen ni por la convicción ni por el fanatismo. La importancia del factor político en el oportunismo de guerra, que Lenin apuntaba, no está en el hecho de que los soldados de los distintos ejércitos hubiesen bebido del inocentismo pacifista y defensista de sus gobernantes y generales, estuvo en el hecho de que una fuerza que podía cortar las garras a los estados mayores a espaldas del frente, es decir la de las organizaciones proletarias, fue alquilada a la guerra por sus dirigentes o cuanto menos fue saboteada como tal fuerza. Si el soldado pudiese seguir su idea o convicción se volvería a su casa; si se encuentra metido en el engranaje militar, sigue tanto más la máquina jerárquica, cuanto más la siente aparatosa, decidida y agresiva.

Es muy exacto decir que la ONU es una organización que actúa al servicio de los agresores americanos. Pero el marxismo ha sido arrojado por la borda cuando se ha admitido que la ONU misma pudiese ser "baluarte y salvaguardia de la paz" y tan sólo después de haber sido fundada se hubiese convertido en un instrumento para desencadenar una nueva guerra mundial.

En 1919 (primer congreso de Moscú - IIIª Internacional) sabíamos ya que "la propaganda a favor de la Sociedad de las Naciones es el mejor medio para confundir la conciencia revolucionaria de la clase obrera". Con el tardío descubrimiento de hoy se admite haber consumado un delito tal, de haber (diciéndolo con las palabras de aquel mismo texto) lanzado "en lugar de la consigna de una Internacional de las repúblicas obreras revolucionarias, la de una asociación internacional de pretendidas democracias que debería ser alcanzada mediante una coalición del proletariado con las clase burguesas". También aquí era Lenin el que escribía, incitando a la lucha contra la idea de la Sociedad de las Naciones "asociación de rapiña, explotación y contrarrevolución imperialista".

Se trataba de algo bien distinto que dar en la ONU el voto a China y negárselo a la República Dominicana.

La política estalinista es combatida por los marxistas de izquierda precisamente en cuanto que ha destruido y destruye las únicas energías que podrían minar y batir la potencia imperialista y militarista: las energías de clase.

Tal posición está en las antípodas de la de todos los comunistas y socialistas de derecha que se dejan arrastrar hacia la tesis de que América es pacífica y la Unión Soviética belicista. Es inútil esforzarse en decir a estos transfugas que están pagados por el capitalismo atlántico, por cierto, para un resultado similar se han gastado más rublos que dólares.

El punto cardinal de una posición marxista sobre la actual coyuntura no puede ser otro que éste: la campaña sobre la salvaguardia de la paz y la lucha contra los provocadores de la guerra no tiene contenido serio alguno por ninguna de las partes.

El único y sólo hecho provocador de guerra es la existencia y la tolerancia del sistema capitalista.

El presente gobierno ruso no tiene, evidentemente, interés, voluntad o intención de hacer una guerra de ataque.

El gobierno americano se prepara para la guerra como alternativa a la marcha hacia el control capitalista de toda la economía mundial, objetivo que, sin embargo, está dispuesto a alcanzar con una transación diplomática o societaria que abre igualmente inmensas perspectivas o a la superindustria y a la superfinanza y puede ser menos costosa que vencer una guerra.

Si la guerra general estallase por la fuerza de los acontecimientos o incluso por provocación americana y a lo mejor por provocación rusa (dado que noventa y nueve cerebros humanos sobre cien tienen necesidad de saber dónde esta el agresor) la cosa menos probable y al mismo tiempo más deseable es el desmantelamiento del centro estatal y militar americano por revolución interna o por derrota militar.

La alternativa opuesta y más probable conduce al mismo punto que una "salvación de la paz" y lleva a la fermentación de nuevas conflagraciones intercapitalistas si el movimiento autónomo y revolucionario de clase no logra resurgir.

Para esta perspectiva poco fácil de escrutar, de un futuro tempestuoso, no cambia propiamente en nada el detalle de que un gobierno italiano esté de esta parte o de aquella, que el suelo italiano tenga que ser pisoteado, en alquiler o en invasión, por fuerzas armadas de Oriente o de occidente.

* * * * *

UN TEXTO DE NUESTRA CORRIENTE

PACIFISMO Y COMUNISMO

(Publicado en "Battaglia Comunista" Nº13 del 30 marzo - 6 abril de 1949)

AYER

En la tradición de los marxistas revolucionarios es muy sólida la oposición al nacionalismo y al militarismo, a cualquier guerrerismo basado en la solidaridad obrera con el estado burgués en guerra por los tres famosos motivos truhanescos: la defensa contra el agresor-la liberación de los pueblos gobernados por estados de otra nacionalidad-la defensa de la civilización liberal y democrática.

Pero una tradición no menos sólida de la doctrina y de la lucha marxista es la oposición al pacifismo, idea y programa poco definible, pero que, cuando no es una máscara hipócrita de los preparativos de guerra, se presenta como la insípida ilusión que prejudicialmente al definirse y al desarrollarse de los contrastes sociales y las luchas de clase se deba oponer a los contrastes de opiniones y de formaciones clasistas de cara al objetivo de la "abolición de la guerra" de la "paz universal".

Los socialistas han sostenido siempre que el capitalismo determina inevitablemente las guerras tanto en la fase histórica en la cual la burguesía establece su dominio construyendo los estados nacionales centralizados, como en la imperialista moderna en la que se dirige a la conquista de los continentes atrasados y los distintos Estados históricos compiten para distribuirse su dominio. Quien quiera abolir la guerra debe abolir el capitalismo y por lo tanto si existen pacifistas no socialistas es necesario considerarlos como adversarios, pues aunque actúen de buena o mala fé (el peor de todos estos problemas para nuestro movimiento y comportamiento es el primer caso) nos inducirían a ralentizar la implantación de nuestra acción clasista y la lucha contra el capitalismo, sin llegar al objetivo ilusorio de un periodo capitalista sin guerras, que no es nuestro objetivo.

Para decirlo brevemente: será no obstante útil